

JOSÉ ANTONIO PÉREZ TAPIAS

LA IZQUIERDA QUE SE BUSCA  
Reflexiones sobre políticas en crisis

Prólogo  
Antonio G. Santesmases

GRANADA  
2010

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos -[www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

© JOSÉ ANTONIO PÉREZ TAPIAS

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

© LA IZQUIERDA QUE SE BUSCA.

ISBN: . Depósito legal: .

Edita: Editorial Universidad de Granada, Campus Universitario  
de Cartuja. Granada.

Preimpresión: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L. Granada.

Diseño de portada: Josemaría Medina Alvea

Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

*A mi nieto Gael,  
cuyo nacimiento fue  
una bonita noticia  
en estos dramáticos tiempos  
de mudanza*

## LA BÚSQUEDA DE LA IZQUIERDA

Este nuevo libro de José Antonio Pérez Tapias no puede llegar en un momento más oportuno. Aparece a mitad de la segunda legislatura de Zapatero cuando se acaba de producir un giro radical en la política económica del gobierno; un giro con consecuencias en la política social ya que afecta al sueldo de los funcionarios, a la promoción de obras públicas, a la cuantía de las pensiones, a las prestaciones prometidas a cargo de la ley de dependencia, o a proyectos que estaban en ciernes como la ley de la ciencia, o la ley de economía sostenible.

Ni que decir tiene que todos los que, desde la derecha, llevaban clamando por la necesidad de rectificar la política económica se llevan ahora las manos a la cabeza arguyendo que el “tijeretazo” ha sido fruto de la insolvencia del presidente del gobierno, que no supo ver la crisis, que no tomó a tiempo las medidas imprescindibles y que hoy se ve obligado a actuar en contra de sus convicciones para satisfacer los dictados de los mercados.

¿Qué puede hacer la izquierda en esta situación? ¿Cómo debe responder? ¿Tiene una estrategia para salir de esta situación?; si la tiene ¿por qué no la manifiesta con claridad? ¿Está agotado su discurso?

Son muchos los interrogantes que se agolpan ante nosotros. Ante los militantes socialistas, ante los sindicalistas, ante los votantes de izquierda, ante los ciudadanos preocupados por la política, ante los estudiosos que quieren saber qué está pasando se acumulan las mismas preguntas y el deseo de buscar una respuesta. Por ello es un acierto el título del libro de Pérez Tapias, *La izquierda que se busca*. ¿Por dónde convendría comenzar la lectura del libro?

A mí me gusta comenzar volviendo a leer el artículo titulado “De Berlín a Kabul” porque creo que representa muy bien lo que ha ocurrido en estos años. Los que venimos de una tradición de izquierda marxista siempre recordamos la importancia que tuvo para nosotros la política de bloques militares. La política de bloques militares condicionó radicalmente a la izquierda europea; en unos casos porque supuso la adhesión de los partidos comunistas al bloque soviético; en otros, porque implicó la adhesión acrítica de la socialdemocracia europea al atlantismo.

José Antonio Pérez Tapias y yo pertenecemos a una generación que no vivió esa radical escisión de la izquierda que provocaba la existencia de bloques militares. Para los que estamos vinculados a la generación del 68 se abrió una esperanza de buscar una izquierda que rompiera con la dependencia soviética y criticara la dependencia atlántica. El socialismo del sur de Europa y el eurocomunismo nacieron de ese espíritu; los movimientos por la paz de los años ochenta lo continuaron y la llegada de Gorbachov al gobierno de la URSS abrió la esperanza de reestructurar el pensamiento político, de cambiar nuestros hábitos de vida, de buscar un nuevo enfoque en las relaciones internacionales.

Por eso me gusta empezar la búsqueda de la izquierda por este artículo que refleja muy bien cómo de la esperanza propiciada por la caída del comunismo fuimos pasando a las tesis acerca del “fin de la historia”, para llegar a la “guerra contra el terrorismo”, pasando antes por el “choque de civilizaciones”. ¿Podrá Obama cambiar este designio? El Obama que ha suscitado tantas esperanzas, que ha recibido incluso el premio Nobel de la Paz, ¿podrá resolver el problema de Afganistán?; ¿será capaz de cambiar la política del Estado de Israel?

Sobre todos estos temas reflexiona con gran penetración José Antonio Pérez Tapias en este libro cuando habla de “Apocalipsis en Gaza” o cuando recuerda la necesidad de propiciar un mundo donde haya “Menos OTAN y más Unión Europea”.

Ya digo que a mí me gusta empezar por este análisis de la coyuntura internacional porque creo que refleja muy bien la personalidad del autor. Un profesor universitario de filosofía que está

metido en medio de la política y que en su trabajo parlamentario ha tenido y tiene la oportunidad de ir profundizando en su análisis de la situación internacional. Un análisis que remite a una segunda cuestión: ¿podrá Europa sobrevivir en este mundo incierto?; ¿podrá emitir una palabra propia?; ¿podrá mantener su modelo social?

De la misma manera que no sabemos si el premio Nobel de la Paz podrá salir con acierto de la guerra de Afganistán, tampoco vemos un liderazgo europeo sólido que permita salir de una crisis como la actual. No vemos este liderazgo sólido desde el debate sobre la Constitución europea. En el *no* a la Constitución europea que se produjo en Francia ya se vislumbraban dos de las respuestas que se han ido dando ante el temor que produce el proceso de globalización. La primera es una respuesta de izquierda que mira con pavor los efectos de un proceso neoliberal que van drenando los derechos de los trabajadores, las conquistas del Estado del bienestar y los sistemas de protección social. Es una respuesta de izquierda que pide una Europa más política, más social, más articulada fiscalmente.

Pero en aquella negativa anidaba también otra respuesta a la Constitución europea que pedía atrincherarse en un nacionalismo de Estado, que defendía con ahínco una forma chauvinista de bienestar recelosa del peligro del “fontanero polaco” dentro de nuestras ciudades y del turco que acecha pidiendo entrar en nuestro proyecto. Ese planteamiento no ha desaparecido y ha vuelto a emerger con la crisis económica que ha comenzado a partir del 2.008.

Y es aquí donde es imprescindible afinar. Igual que nos planteamos si podrá Obama salvar su proyecto a pesar de Afganistán y nos interrogamos si Europa será capaz de dar una respuesta, hay que diseñar con rigor la reformulación de un proyecto socialdemócrata. En todo el libro de Pérez Tapias está presente el problema de si es posible mantener una política keynesiana más allá de las fronteras del Estado Nación.

Ahora, justamente ahora, cuando nos están diciendo que hay que someterse a los dictados de los mercados, cuando nos dicen que no cabe pensar en mantener una soberanía sobrepasada por los

hechos, es cuando es conveniente pensar en todos los elementos que Pérez Tapias pone encima de la mesa. Si fuera cierto que esta imposición de los mercados fuera inatacable, ¿qué quedaría de la democracia?; ¿qué efectos tendría sobre la ciudadanía?

Pérez Tapias realiza en este libro un conjunto de análisis muy penetrantes acerca de la conveniencia de combinar los problemas de la redistribución con los problemas del reconocimiento. Por ello ahora, precisamente ahora, cuando nos dicen que hay que olvidarse de cualquier política redistributiva, cuando afirman que vamos a convivir con el paro estructural, cuando nos conminan a asumir que las futuras generaciones no podrán gozar de las conquistas del Estado del bienestar, uno no puede sino preguntarse: ¿qué será de la laicidad, de los derechos cívicos, de la interculturalidad, de la memoria de las víctimas?

Algunos pueden creer que no hay relación entre una cosa y otra, pero creo que se equivocan. Cuando insistimos en adelgazar el Estado, en reducir la función pública, en cercenar el papel de los sindicatos, hay que ser consecuentes y preguntarnos cómo será posible hacer frente a los problemas educativos, a la transmisión de valores, a la reubicación laica del pluralismo religioso.

Bien es cierto que aunque tuviéramos muchos recursos económicos disponibles no podremos resolver los problemas que plantea hoy la multiculturalidad sin tener en cuenta los problemas del reconocimiento. Unos problemas que plantean la cuestión de la justicia. Ya en su anterior libro, *Del Bienestar a la justicia*, Pérez Tapias había logrado conectar muy bien los planteamientos de Habermas con los de Ricoeur, por ejemplo. En esta obra sobresale la extraordinaria capacidad del filósofo que parte de la tesis de que no es posible enfrentarse a la política sin tener en cuenta la dimensión metafísica.

Una dimensión que aparece reflejada admirablemente en la capacidad de dar cabida en el análisis de la realidad inmediata a ese pasado lejano que nos envuelve, que envuelve a Pérez Tapias en su Granada natal al hablar de Fernando de los Ríos y de Francisco Ayala y que le envuelve al hablar del problema de los moriscos. Yo por ello comenzaría el libro yendo al artículo “De Berlin a Ka-

bul” y lo terminaría leyendo su artículo sobre la “Expulsión de los moriscos” porque ahí aparece hasta qué punto venimos de lejos, hasta qué punto es posible recordar los mil años de Granada, los sucesos de 1492 y cómo nos cuesta pensar en aquellas tres culturas que tanto impresionaron a un cristiano erasmista como Fernando de los Ríos.

Fernando de los Ríos fue diputado por Granada y fue un hombre concernido por el hecho religioso. Pedro Cerezo, maestro de toda una generación de filósofos, fue también diputado socialista por Granada y en toda su obra intelectual nunca ha dejado de profundizar en la cuestión religiosa a lo largo de la España del siglo pasado. Pérez Tapias es un digno continuador de los dos. Por una feliz coincidencia se ha constituido así una tradición que nos permite pensar en la España de los años treinta, en la España de la transición y en la España del siglo XXI a partir de la reflexión y de la actuación de estos tres pensadores.

*Antonio García Santesmases*  
*Catedrático de Filosofía Política de la UNED*



# INTRODUCCIÓN

## AGOTAMIENTO DE LOS DISCURSOS EN UNA POLÍTICA DECLINANTE

CUANDO LA POLÍTICA ESTÁ EN DECLIVE

Coincido con Giorgio Agamben en la tesis que formula al comienzo de su magistral obra *Homo sacer*, acerca de la política como una tarea que en el fondo no deja de tener una dimensión metafísica. En ella, como pone de relieve el filósofo italiano, está en juego el sentido que le demos a la propia existencia, en este caso tras el empeño, al que ya aludía Aristóteles, de hacer del “vivir” un “vivir bien” regido por la facultad humana que nos permite distinguir lo justo de lo injusto. Y vuelvo a estar de acuerdo con Agamben cuando subraya que los avatares de la política moderna, la que ha estado vinculada a los Estados nacionales que conocemos, la han traído a una situación de peligroso declive, en su día trágicamente anticipado por los sistemas totalitarios en que la política se trocó en su contrario, y actualmente inducido por esa sociedad del espectáculo, hoy mundialmente organizada por el capitalismo global, que hace décadas vislumbró Guy Debord con insuperable lucidez.

El declinar de la política, no ajeno al nihilismo cultural expandido con la crisis de la modernidad de las últimas décadas, se ve confirmado de manera tremendamente paradójica en estos años de profunda crisis económica. En medio de lo que se ha considerado una crisis sistémica y global del capitalismo contemporáneo, desatada por la crisis financiera que arrancó de EEUU para expandirse por todos los mercados, adoptando en cada país un determinado perfil según sus peculiares estructuras económicas y sociales

—en España, profunda crisis económica con graves consecuencias sociales provocadas sobre todo por el desempleo, con el centro de la vorágine en el reventón de la burbuja inmobiliaria creada al socaire del rentismo del capitalismo autóctono—, los gobiernos y los organismos internacionales han tenido que emplearse a fondo para hacer frente a tan dramática situación. Las decisiones políticas que se han tomado respecto a una dinámica económica que por momentos amenazó con sumirnos en un “agujero negro” catastrófico, con lo que suponían de rotundo desmentido de los postulados neoliberales exaltadores de la omnipotencia del mercado, en algún momento han alimentado la creencia de que la política volvía para recuperar su necesario papel en el buen gobierno de nuestras sociedades y en la *gobernanza* de un escenario global sumamente complejo. Así, una política poco menos que eclipsada ha estado llamada a asumir un papel de primer orden ante una economía en quiebra. Mas si esa es la paradoja, no hay que dejar que las apariencias nos engañen.

Mirando la realidad y siguiendo la pista a lo que acontece podemos comprobar que la política no ha retomado el pulso que había perdido. Dicho con lenguaje irónicamente épico: sí, por un lado, las huestes neoliberales cabalgan de nuevo, una vez que vuelven a salir altaneras de los escondrijos en donde los recluyó el descrédito de la fe neoliberal en la desregulación de los mercados, y afilan sus antikeynesianas armas economicistas tras haber utilizado los recursos públicos, incluyendo los que los Estados han extraído de sus sociedades —de los trabajadores—, para sanear las finanzas privadas, por otro, las filas de la izquierda, que son las que podían verse nutridas de ciudadanos convencidos de la necesidad de una política con pretensiones transformadoras, siguen igual de mermadas. Y no sólo eso. Lo más grave es que las medidas políticas contra la crisis, en parte por su coyunturalismo y timidez, en parte por cuestiones más de fondo, no han repercutido en que la política como tal recupere algo del prestigio perdido y gane algunos puntos de la confianza que la ciudadanía dejó de otorgarle. Para sorpresa de muchos, tal descrédito afecta a todo el espectro político, independientemente de otras variables. Así, si la corrup-

ción afecta de manera considerable a una fuerza política, como recientemente estamos viendo que le ocurre a la que encarna a la derecha española, no por ello la desafección generalizada hacia la política incide más sobre ella, lo cual abunda en los preocupantes síntomas de una “democracia de la indiferencia”. Como analiza el ensayista francés Pierre Rosanvallon, el ejercicio de “soberanía negativa” que lleva a insistir en la transparencia y los mecanismos de control, contrapesada por frecuentes derivas populistas cargadas de demagogia, no libra al sistema democrático de verse conducido a lo que llama una *democracia impolítica*, resultado de una despolitización aguda que supone un cuestionamiento fuerte del modelo republicano-democrático que nos ha servido de referencia como ideal político.

En la “era de la desconfianza” es difícil contrarrestar la erosión de la democracia y poner freno al declive de la política. No obstante, que sea difícil no significa que sea imposible, aunque el reconocerlo sí obliga a pensar las cosas radicalmente para reconducir una acción política hoy por hoy despotenciada, oscilante entre el moralismo de una ética desde la que ingenuamente se quiere rescatar la dignidad de la política, y el sometimiento a un mercado omnímodo. Éste impone su peaje hasta el punto de colonizar el ámbito político con propuestas de “marketing”, pensando sobre todo en las elecciones, las cuales, al menos para la izquierda, no sirven como propuestas para “vender” su política —y es que la política no se vende!—. Entre un mercado que conlleva la sacralización del capital —a la postre, los que son de hecho inviolables resultan ser los derechos del capital— y un horizonte utópico delineado por derechos humanos universales —que solos, sin embargo, no son suficientes para trazar estrategias políticas consistentes—, se abre la tarea de rediseñar, como bien ha dejado dicho el recientemente fallecido Daniel Bensaïd, una *política profana*, que, sin estar hipotecada por falsas ilusiones, sea capaz de llevar a cabo las transformaciones necesarias, desde el campo de la economía hasta el de la cultura, a escala nacional y a escala mundial.

Esa “política profana”, puesta eficazmente —“estratégicamente”, según insistía Bensaïd— al servicio de la dignidad de todos y cada

uno de los humanos, que es lo que nunca debe ser profanado, es la que urgentemente hay que articular y reforzar. Concretamente, el futuro de la izquierda pasa por ello, tanto de la izquierda política que sigue operando por los cauces de los partidos como de la izquierda social que se organiza desde otros modelos (movimientos sociales, asociaciones ciudadanas, ONGs, nuevas redes, etc). De ahí que en una época de cambios profundos y a veces traumáticos —desde la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación hasta los cambios que implican los intensos movimientos migratorios de nuestro tiempo—, si la izquierda —de suyo habría que decir las izquierdas, para ser consecuentes con el pluralismo que se da en su seno— quiere seguir siendo políticamente protagonista de avances hacia mayores cotas de libertad y nuevos logros de igualdad, de transformaciones sociales emancipadoras y de reformas económicas que en serio tengan en cuenta los requerimientos ecológicos, ha de reencontrarse a sí misma. Eso implica redefinir su proyecto y clarificar sus objetivos, rehacer su discurso y modular de otra forma sus mensajes, reelaborar las apoyaturas teóricas y profundizar en los análisis críticos, sin olvidar la insoslayable cuestión de cómo resolver a estas alturas sus necesarias formas de organización y funcionamiento democráticos y la manera en que proceder a la estructuración de los imprescindibles sujetos colectivos y de las insoslayables alianzas para la acción política que hay que llevar a cabo. Mucho es, pero nada de ello puede dejar atrás una izquierda que necesita reencontrarse como tal para ser el adecuado instrumento político que las sociedades actuales siguen necesitando. ¿O no?

#### HAY QUE IR MÁS ALLÁ DE LOS DISCURSOS AGOTADOS

No hay política sin palabra. Así es, y más en democracia, donde antes de llegar, o para llegar bien a la decisión que ha de incidir en la realidad, hay que desplegar la discusión pública, la confrontación de ideas, la argumentación deliberativa. Todas ellas son manifestaciones de ese ejercicio de diálogo compartido que, a la

escala de la sociedad en su conjunto, supone la política democrática. Si falta la palabra, esa palabra compartida, por más que sea desde las diferencias que el pluralismo como valor jurídicamente reconocido ampara, entonces no hay acción política propiamente dicha, sino mero sucederse de actuaciones de un signo u otro que no pasarán de alimentar un activismo que sólo de manera impropia calificaremos de político.

La especificidad de la acción política —sobre la que Hannah Arendt puso todo el énfasis—, esencialmente vinculada a la palabra a través de la cual esclarece y da cuenta de las razones que avalan los proyectos que se ejecutan o expone los motivos de la crítica que se ejerce, es la que hay que hacer valer, y llegado el caso defender, frente a todo aquello que la ponga en peligro. Cualquier tentación totalitaria introduce a la política en la vía de su autodestrucción, acompañando esa deriva del silenciamiento de todas las voces, menos de la que encarne el mandato dictatorial de un poder que se absolutiza como dominio, el cual tratará de enmascarar su impostura mediante esas recreaciones del lenguaje a su imagen y semejanza que ya fueron denunciadas por Orwell. Las sutiles derivas hacia la tecnocracia de una política desvirtuada como mera gestión, que a la postre hurta la democracia a la ciudadanía para dejar las decisiones en manos de los considerados expertos, suponen también la reducción al silencio de la palabra genuinamente política. El desplazamiento que puede sufrir la condición de ciudadanos de hombres y mujeres condenados a actuar exclusivamente como consumidores, implica igualmente el silencio de la palabra pertinente y relevante en política para dejar el espacio público irrestrictamente disponible para la propaganda comercial, aunque verse sobre una política devaluada a objeto de compra y venta. La reducción al silencio de quienes no pueden decir su palabra por quedar excluidos de la convivencia democrática es otra forma de anular la política para convertirla en práctica legitimadora de la marginación social. Y silenciar mediante las armas la palabra en la que la política puede afirmar su sentido es la liquidación de ésta convirtiendo en espacio de muerte lo que había de ser espacio de vida y de vida digna.

En los tiempos difíciles que vivimos, el desprestigio que recae sobre la política, y con especial virulencia concretamente sobre los políticos, no quita que en torno al poder, aunque sea un poder con escasa gloria —por decirlo con palabras que de nuevo remiten a otro significativo título de Agamben, *El reino y la gloria*—, se sigan dando enconadas disputas por el control del discurso público que en el seno de la sociedad aspira en cada caso a ser hegemónico. Como muestra Teun A. van Dijk, por ejemplo en su libro *Discurso y poder*, no hay conservación del poder, tampoco mediante el juego democrático, sin reproducción discursiva del mismo. Ésta ha de ser capaz de construir la hegemonía —dicho en términos heredados de Gramsci— de quienes se mueven en el espacio entre la realidad social y las construcciones ideológicas que se dan en su seno, para mantener, mediante el discurso público que reticularmente se difunde por la sociedad, la adhesión al poder de quienes logran el control político del mismo, así como el reforzamiento de la investidura simbólica que hace que dicho poder pueda ejercerse con autoridad.

Lo sorprendente de la situación actual es que la batalla en torno al poder se da junto con los empeños respectivos de fuerzas políticas enfrentadas que polemizan por la hegemonía de discursos en verdad agotados, lo cual no quita que en el campo político la confrontación ideológica siga llevándose, como siempre, hasta el punto de enconadas polémicas en torno al lenguaje mismo. La disputa por el nombre de las cosas hace ostensible que el carácter performativo de la nominación, según afirma Ernesto Laclau, es “la precondition para toda hegemonía y toda política”. Ciertamente, las ideologías no desaparecen, sino que a través de sus formulaciones discursivas, aunque no sólo, se transforman, se reciclan y hasta se multiplican, de manera tal que las mismas discusiones en torno a la denominación de lo que ocurre hacen patente lo que el filósofo esloveno Žižek subraya con énfasis: los fenómenos ideológicos contemporáneos son un desmentido de la ilusión de que vivimos en una condición “posideológica”.

No obstante, la nueva paradoja que suponen las acaloradas disputas entre discursos al borde de la extenuación se suma a

las contradicciones que esos mismos discursos pueden encerrar. Expuesto de manera sucinta, podemos decir que en la crisis actual ha quedado en evidencia el agotamiento del discurso neoliberal, al que los hechos han segado la hierba bajo los pies del fideísmo en el mercado de las doctrinas que en su día comenzaron a difundir los Friedman, Hayek y sucesores. Al lado del neoliberalismo, no menos agotado, se muestra un discurso neoconservador atrapado por la nostalgia del pasado y, por eso, incapaz de presentar soluciones adecuadas para los problemas del presente, a pesar del olfato de algunos neoconservadores para detectar dónde hay problemas de fondo en nuestro actual panorama sociocultural —como es el caso de Daniel Bell al señalar las contradicciones culturales del capitalismo—.

¿Y por la izquierda? Si en estos años de crisis pudo percibirse algo así como el momento propicio para un resurgir de la socialdemocracia, se puede comprobar cómo desde las fuerzas políticas que se remiten a ella no logra darse un renovado impulso a la misma: el discurso no llega a remontar el reformismo timorato que adoptó el planteamiento socialdemócrata en décadas pasadas, ni, retomando a Keynes en un contexto muy distinto de aquél en el que ganaron vigencia sus propuestas, afrontar aquellas “contradicciones del Estado de bienestar” que señaló Claus Offe y que de nuevo reaparecen bajo diferentes circunstancias. Los partidos de cuño socialdemócrata, desbordados por la izquierda por movimientos que enarbolan la bandera de un ecologismo que la socialdemocracia europea no llega a asumir de manera consecuente, y aunque dando respuesta, sin embargo, a demandas del feminismo y otros movimientos a favor del reconocimiento de derechos civiles, no acaban de articular respuestas bien estructuradas respecto a cuestiones cruciales de nuestro tiempo: domesticación, al menos —como hace años decía Habermas—, de ese gran mercado constituido por el capitalismo global, adecuado tratamiento de la inmigración, profundización en la lógica inclusiva de la democracia con un nuevo concepto de “ciudadanía intercultural” que permita sortear el cuestionamiento que recae sobre los Estados nacionales, etc. Son las cuestiones que reitera-

damente ponen sobre la mesa los colectivos “altermundialistas”, los cuales, por su parte, tampoco llegan a hilvanar sus propuestas, hechas desde muy dispares procedencias, en discursos consistentes que reflejen estrategias políticas transitables. También a ellos les afecta el agotamiento detectado. Y frente a todo eso está lo que precisamente no se encuentra agotada: la producción ideológica y mitificante de movimientos fundamentalistas y grupos terroristas que, tras su dispersa heterogeneidad, tienen en común su extremo carácter antipolítico, es decir, contrario a las condiciones mismas de la vida política.

Reflexionar desde la izquierda, tratando de llegar de alguna forma a la opinión pública, haciéndolo además desde la tradición del socialismo democrático para contribuir a la puesta al día de respuestas que desde la misma permitan acometer lo urgente y lo importante en los momentos de crisis que vivimos, es el objetivo que de una forma u otra se ha perseguido en las páginas reunidas en este volumen. Ellas están escritas desde el trasfondo de un enfoque filosófico de la problemática política que no queda atrás, pero estando redactadas a la vez al hilo de los acontecimientos de estos años marcados por la crisis económica y por el paradójico cuestionamiento de la política que hemos comentado. Si por una parte, reclaman mayoritariamente la atención cuestiones que son objeto de debate político en España, a veces con inusitada intensidad —y a ello me lleva especialmente el escribir los textos aquí ordenados desde el puesto de “observador participante” que me brinda mi escaño de diputado socialista en las Cortes españolas durante esta IX Legislatura, actualmente en su ecuador—, por otra aparecen constantemente referencias al contexto internacional en que nos movemos, explayadas a veces en artículos dedicados a lo que ocurre en este “mundo globalizado” en el que tanto se han difuminado las fronteras entre política interior y política exterior de cada país.

Habrán respuestas nacionales —y reacciones nacionalistas— a la crisis en la que estamos inmersos, pero no tiene vuelta atrás la coimplicación entre lo local y lo global en que nos ha metido nuestro tiempo. Éste no es el de sociedades cerradas del pasado, ni



el de la confrontación entre bloques que presidió la segunda mitad del siglo XX, ni tampoco el de la apacible expansión universal —es decir, occidentalizante— del par mercado capitalista y democracia liberal con que hizo soñar a algunos *El fin de la historia* de Francis Fukuyama. Más bien estamos en el mundo cuyos planos quiso trazar Samuel P. Huntington con su libro *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, aunque afrontando la tarea de que sus pronósticos no se cumplan. Para ello no sólo hay que abordar la cuestión relativa al adecuado reconocimiento de las legítimas diferencias, sino que también hay que resolver la ineludible redistribución de cargas, bienes y servicios a la que obligan con más motivos los tiempos de escasez inaugurados por la crisis en que estamos.

En la misma vida política española se hace notar la necesidad de atender a esos dos frentes, el del reconocimiento y el de la redistribución. En ellos hay que volcar simultáneamente, como bien lo expresa Daniel Bensaïd, los empeños por “cambiar el mundo”. En sociedades que han de reconstruir su convivencia democrática en claves tanto de interculturalidad como de acceso igualitario a los recursos para el desarrollo de las capacidades de cada cual, hay que conjugar ambas cosas. La crisis ha puesto lo segundo en el lugar prominente del que la hegemonía del exacerbado individualismo neoliberal lo había apeado, de manera que hasta para mantener un discurso creíble en cuestión de reconocimiento de derechos civiles y políticos hay que promover políticas potenciadoras de los derechos sociales y económicos. Eso forma parte de la entraña más honda del debate político en España. No cabe duda de que su orden del día está marcado por las políticas llevadas acabo en esta segunda legislatura de gobierno socialista presidido por José Luis Rodríguez Zapatero. Se puede decir que si programáticamente se habían cargado las tintas sobre el reconocimiento de derechos civiles y políticos, los hechos han obligado a prestar atención a todo lo que la redistribución supone. Es la confrontación con una realidad económica que se muestra con toda su dureza, debido a una crisis que no estaba en el guión, lo que obliga a afrontar contradicciones que estaban latentes, paradojas imprevistas o si-

tuaciones que ya no se pueden abordar con el arsenal discursivo proporcionado por referencias como las que en su momento se hacían a Philip Pettit y a su republicanismo cívico.

#### BUSCANDO CAMINOS DE IZQUIERDA

Cuando los avatares políticos nos llevan de un problema a otro, y es necesario reconstruir un discurso que trascienda el agotamiento al que el devenir político nos ha traído —el cual no hay que identificar con el tan aludido “fin de las ideologías” al que la derecha gusta referirse—, tal tarea de humilde reelaboración desde el punto de vista que en cada caso la problemática concreta proporciona, para desde ella mirar a un más amplio horizonte discursivo, nunca ha dejado de ser realizada por mi parte desde esa convicción que Gilles Deleuze expresaba diciendo que “se empieza siempre por la mitad”. Esto es, no hay un punto cero desde el que adánicamente partir, como tampoco hay lugar privilegiado desde el que acceder a esa supuesta visión de totalidad que habría de permitir un discurso con aspiraciones —siempre infundadas— de sistema omniabarcante. Estar situado por fuerza “en la mitad” quiere decir también ubicarse conscientemente *in medias res*, entre las cosas mismas, en medio del trájín de los acontecimientos, cargando con la consiguiente dosis de esa blochiana “oscuridad del momento vivido”, aunque cierto es que tratando de arrojar luz sobre hechos y dichos, tanto los propios como los ajenos.

Desde esa perspectiva, los escritos que conforman estas páginas comparten el presupuesto de huir de toda visión maniquea, así como se hacen cargo de la necesidad intelectual y política de mirar de frente las contradicciones en las que nos movemos y que a veces retroalimentamos. Éstas, por lo demás, no se presentan en una sola dimensión, ni tampoco aisladamente unas de otras. Por el contrario, nos hallamos inmersos en una realidad, nuestra realidad, en la que las contradicciones se entrecruzan, repercutiendo unos antagonismos sobre otros, lo cual es algo que hay que tener presente al analizar los procesos en los que estamos

inmersos y al evaluar las políticas concretas que se proponen y se llevan a cabo en el seno de los mismos. La complejidad de la acción política es proporcional a la complejidad de la sociedad en la que vivimos, la fuerza de sus tensiones se halla en relación directa a la profundidad de sus contradicciones y en medio de todo ello hay que abrir camino a una acción transformadora que no puede aplazarse, por pequeños que sean sus pasos, no sin dejar de cultivar una esperanza a la vez militante y escéptica que recuerda con distanciada cautela el aforismo de Hölderlin, de resonancias paulinas, acerca de que “donde abunda el peligro, crece la salvación”. Diremos con Benjamin que una modesta pero irrenunciable herencia mesiánica —en el sentido de “ético-utópica”— no espera salvadores, y añadiremos a ello aquellas palabras tan bien dichas por Fromm cuando se remitía al Talmud para decir que, aunque sabemos que nuestros logros, en el mejor de los casos, siempre serán frágiles y parciales, y que nuestra tarea nunca se verá completada —otros la continuarán—, “no tenemos derecho a abandonarla”.

Por tanto, lo que el lector va a encontrar en las páginas que siguen son reflexiones hilvanadas al hilo de los acontecimientos, cosiendo fragmentados retales —unas veces críticos, otras propositivos, en unas ocasiones retomados de lejos, en otras cogidos de lo que encontramos más a la mano— para contribuir con ellos a ir rehaciendo un discurso de izquierda, con voluntad de mantener la continuidad de la tradición del socialismo democrático actualizando su legado. Escribiendo desde una posición política claramente explicitada, así como desde la conciencia de lo que supone la situación de quien forma parte, como diputado, del grupo parlamentario que en el Congreso apoya a un gobierno socialista, los textos que aquí se presentan no dejan de reflejar todas esas circunstancias, formando también parte de ellas el personal empeño de su autor de conjugar lealtad con espíritu crítico —no son incompatibles, sino todo lo contrario—, así como búsqueda sin dogmas y fidelidad a principios irrenunciables.

A través de la articulación de su contenido, que en este libro, como en otros que le precedieron, he intentado mediante la agrupa-

ción por capítulos de textos convergentes en una temática, espero que pueda rastrearse ese hilo conductor que entre la crítica y la propuesta, entre el análisis y el comentario, entre la cita literaria y el guiño periodístico, trata de entrelazar con la indispensable coherencia las piezas de una argumentación política que no oculta su trasfondo filosófico, sus apoyaturas éticas, sus motivaciones personales, su enfoque de cara a la acción y su pretensión de que las razones expuestas puedan ser compartidas, en mayor o menor medida, por muchos, incluso por personas que no compartan la propia posición política.

Escribir es indudablemente, como diría el filósofo norteamericano Richard Rorty, una forma de mantener viva la conversación que en público mantenemos, y es bajo esa perspectiva dialógica como me atrevo a presentar esta recopilación en la que el seguimiento de las políticas públicas aplicadas en estos tiempos de crisis no deja de constatar, sin merma de los méritos que en cada caso puedan reconocerse, que ellas mismas se nos transmutan con frecuencia en *políticas en crisis*, quedando lejos la seguridad en cuanto a su acierto. ¿Ensayo y error? No deben entenderse las políticas públicas como campo para experimentos, dado que los resultados y consecuencias recaen sobre personas —que en definitiva hay que tratar como *finés* y no como *medios*, a tenor del imperativo kantiano—, pero inevitablemente, en tiempos de turbulencias e incertidumbres es inevitable muchas veces andar a tientas, lo cual exige aumentar las dosis políticas de responsabilidad.

El recorrido temático por los diez capítulos en que se estructura el libro puede servir para hacer balances provisionales de cómo estamos afrontando la crisis económica que tan desconsideradamente nos ha atrapado, planteándonos nuevas preguntas, distintas de aquéllas para las que habíamos previsto respuestas, o sobre la manera en que preparamos el futuro desde las difíciles circunstancias del presente. Las cuestiones se agolpan unas tras otras, solapándose lo urgente y lo importante, cruzándose retadoras aporías económicas y lacerantes dramas sociales, y poniendo en el orden del día cuestiones —como las relativas a un verdadero “desarrollo sostenible”— ante las que no valen ya meros devaneos

academicistas. Un discurso de izquierda se juega el ser o no ser en cómo combine solidaridad social y eficiencia económica, desarrollo y sostenibilidad, para reafirmar el socialismo como práctica de transformación del capitalismo.

La reflexión y la acción política en España no pueden dejar a un lado interrogantes insoslayables que sigue poniendo sobre la mesa de nuestro debate público la realidad compleja y dinámica de nuestro Estado autonómico, con un presente en el que nos encontramos con reformas estatutarias y recursos de inconstitucionalidad ante ellas, todo lo cual abunda en la necesidad de ir clarificando la propuesta federalista en la que para muchos de nosotros está la clave de la mejor articulación posible de un Estado cuya realidad no puede eludir la plurinacionalidad que lleva dentro.

La relación con Europa no es la relación con vecinos que están fuera, sino una relación que nos atraviesa, y que al hacerlo trasplanta al interior de nuestra realidad nacional las contradicciones que pesan sobre un proceso de construcción europea que de continuo se presenta a la vez difícil y necesario. También forman parte de las distintas propuestas políticas que concurren en España maneras diversas de entender nuestra inserción en la Unión Europea. Desde el campo socialista contamos con una trayectoria europeísta que hay que proseguir y en la que figuras como las de Fernando de los Ríos son referencias de primer orden.

En un “mundo globalizado” que es policéntrico y que quiere organizarse multilateralmente, Europa no acaba de asumir el papel que ella misma reivindica y España anda tanteando cómo desenvolverse en ese marco de realidades inciertas. Los aciertos y desaciertos, propios y ajenos, nos tienen metidos en situaciones de difícil salida, siendo la de Afganistán la que destaca por una complejidad que, estando lejos, nos toca de cerca.

Tanto en relación a lo próximo como en relación a lo (aparentemente) más lejano, a la política se le piden nuevas respuestas, en el momento mismo en que está más cuestionada. Cómo se aborda ese cuestionamiento de la política misma desde dentro de la propia política es cosa que no cabe eludir, tanto para exigir una mayor coherencia en el propio campo como para poner el foco

sobre aquellas instancias económicas y sociales que sacan partido del descrédito de la política y de la denigración de los políticos. Sin concesiones a la autocomplacencia, pero sin dejarse apresar ingenuamente por retóricas demagógicas, la confrontación con la desafección política es paso obligado. No disculpa de darlo la aparición de fenómenos políticos, marcadamente mediáticos, de un signo u otro, como representa Obama por una parte o Berlusconi, por ejemplo, por otra. Afortunadamente seguimos contando con legados iluminadores, como los de Isaiah Berlin o Francisco Ayala, a los que se ha dirigido nuestra atención. Ellos hacen posible mantener lo incuestionable de la política en tiempos de una política muy cuestionada.

Las paradojas que encontramos en torno a la política las podemos ver reduplicadas, y no por casualidad, en torno a la educación. Todo el mundo insiste en la necesidad de más y mejor educación, pero no sabemos a ciencia cierta cómo resolver la problemática educativa de nuestro tiempo. A falta de suficientes claridades al respecto, no es nada despreciable, sino todo lo contrario, el riesgo de una contaminación excesiva por planteamientos economicistas con los que el mercado impone sus reglas al ámbito educativo. Con ese telón de fondo, la confrontación ideológica en lo que a la educación se refiere es grande, por lo cual cualquier pretensión de pacto social y político por la educación lo tiene realmente difícil. Una pregunta desde la izquierda: ¿qué y hasta dónde se puede pactar sin claudicar?

La confrontación ideológica también es especialmente aguda en todo aquello que desde la política hay que resolver sobre cuestiones relacionadas con la vida. La bioética ha entrado en el debate público y los asuntos sobre la vida y la muerte han de ser abordados, en lo que a todos afecta, desde una sólida información científica, desde claves de moral cívica y desde la laicidad que debe acompañar a un Estado democrático de derecho. Todo ello no quita, antes bien al contrario, el respeto a las convicciones de cada cual, que en este terreno requiere volver a poner de relieve la imprescindible virtud de la tolerancia.

Tolerancia es lo que hay que practicar en una sociedad secularizada, pluralista y democrática si queremos vivir en paz desde la pluralidad de creencias. No es decir nada contra la verdad de los hechos afirmar que las confesiones religiosas, en lo que se refiere a algunos de sus sectores, necesitan aprendizaje acelerado de convivencia democrática desde la tolerancia y el respeto que recíprocamente nos debemos como ciudadanos. La experiencia al respecto de la sociedad española lleva a sostener la necesidad de avanzar en la dirección de una laicidad que implica, como el autor francés Marcel Gauchet ha expuesto con singular maestría en sus obras, no una desaparición de la religión, pero sí una reubicación democrática de la religión en el seno de la realidad social, sobre todo en lo que se refiere a los espacios públicos.

La interrelación entre lo local y lo global justifica incluir en este libro artículos más expresamente dedicados a cómo se ven, se viven o se recuerdan algunas cosas en y desde la ciudad de Granada. Confío en que pueda apreciarse que esas reflexiones más pegadas al terreno no se agotan en un estrecho horizonte localista. La misma memoria, máxime si hablamos de memoria histórica, desde la concreción de sus contenidos se expande hacia una perspectiva universalista, así como desde ésta hace el camino de vuelta a aquello que, en virtud de lo que no debe ser olvidado, es rechazable en nuestro presente.

Con todos esos mimbres sucintamente descritos se recorren en este libro sus peculiares caminos, unos entre los posibles, tras *la izquierda que se busca*, teniendo presente que es buscada por una ciudadanía que, al menos en una parte considerable de ella, la sigue queriendo tener como referente político, especialmente trabajadores, mujeres, jóvenes, mayores, inmigrantes, personas involucradas de un modo u otro en la transformación social... Pero los caminos recorridos se han andado también desde la conciencia de quien forma parte de una izquierda que se busca a sí misma, con voluntad de compromiso militante y de inteligencia política, una izquierda que es amplia y plural, pero de la que muchos seguimos pensando que en el campo del socialismo democrático sigue teniendo un legado y un quehacer. Por ello, a la vez que nos

viene a las mientes la analogía con aquel Aristóteles que escribió su *Metafísica* tras aquella filosofía primera que era la ciencia que buscaba, recordamos el dicho tradicional de que el movimiento se demuestra andando para concluir que esa *izquierda que se busca* se encontrará, por otros y a sí misma, si es capaz de aunar análisis político y movilización *permanente*: algo invocado por muchos, y con toda razón, seguramente sin intención de emular a un Trotsky que les queda lejos con su “revolución permanente”, aunque sí con la secreta certeza de que la acción sin el discurso es ciega, como el discurso sin la acción es impotente —dicho sea parafraseando a Kant—. Una sociedad en crisis espera que la izquierda diga su palabra y actúe en consonancia con ella.

#### AGRADECIMIENTOS

Diré, con palabras de Miguel Hernández en este año de su centenario, que mi agradecimiento lo dirijo, en primer lugar, a todas las personas que han tenido la amabilidad de compartir las cavilaciones a las que tengo hechas mis sienas, ya desde la proximidad del trato personal, ya desde la lejanía que la letra de molde acorta o que *Internet* salva. No hay mayor satisfacción para quien pone sus pensamientos por escrito y los difunde mediante artículos, libros u otros medios, que el comprobar que otros se han acercado a ellos, sea para suscribirlos, sea para discutirlos, en todo o en parte. Merecer la atención de los lectores es motivo más que suficiente para estar agradecido a todos ellos. Si uno escribe además sobre cuestiones políticas y desde la ubicación en un determinado partido, los motivos para el agradecimiento se multiplican, tanto hacia aquéllos con quienes se coincide en planteamientos y proyecto, como también, y con mayor razón si cabe, hacia aquéllos que divergen, sea por unas razones u otras, con lo que se expone en los textos de la propia cosecha.

Una publicación como ésta es el resultado de muchas voluntades conjuntadas, todas las que el autor ha ido sumando a la suya hasta que la obra ha visto la luz. Al tratarse de un libro en el que se pre-



sentan temáticamente ordenados textos que en principio nacieron como artículos publicados en diversos medios, hay que destacar la acogida que ellos tuvieron en ellos gracias a la hospitalidad de quienes en cada caso están o estaban a la cabeza de los mismos o de la sección que en concreto nos abrió sus puertas. Quiero, por ello, mencionar expresamente a quienes desde hace años me han abierto las puertas de sus respectivos periódicos siempre que a ellas he llamado, como son Eduardo Peralta, director del diario *Ideal* de Granada, Magda Trillo, directora del *Granada Hoy*, y Antonio Cambril y Amina Nasser, que estaban a la cabeza de *La Opinión de Granada*. En otros casos ha sido una colaboración puntual la que se ha visto propiciada por la conjunción de voluntades que en un determinado momento fue necesaria para ello, lo cual me lleva a expresar mi gratitud a personas como Ricardo Querol, del diario *El País*, o Juan Rubio, director de la revista *Vida Nueva*. Casos especiales son para mí los constituidos por las respectivas redacciones de las revistas *Éxodo* y *El Siglo de Europa*, con las que colaboro habitualmente. Con los amigos de la primera vengo haciéndolo desde muchos años atrás; con el equipo de la segunda trabajo desde que su invitación a un artículo mensual me introdujo en sus valiosas páginas de análisis político y en la magnífica compañía de los autores que en ella escriben.

En el capítulo de agradecimientos reclama un lugar destacado el que les debo a Rafael Peinado y Miguel Gómez Oliver, amigos que mucho ponen de su parte para que en estos años de intensa actividad política se mantenga con patente vitalidad mi vínculo con la comunidad universitaria granadina: el primero, desde la dirección de la Editorial Universidad de Granada, acogiendo una vez más, con el entusiasmo que pone en su tarea como editor, mi propuesta de publicar este volumen; el segundo, desde el Vicerrectorado de Extensión Universitaria, apoyando esta humilde aventura, como en tantos otros casos ha hecho con otros proyectos en los que ha fraguado nuestra amistosa colaboración. Una mención especial merece Pedro Cerezo, ya Catedrático emérito de Filosofía y siempre maestro, a quien agradezco de todo corazón sus palabras siempre animosas para seguir en el empeño

de combinar por mi parte la acción y la reflexión, el bregar de la vida política con el escribir sosegado a través del cual trato no de perder el hilo con que hilvanar el sentido de los quehaceres en los que me hallo inmerso.

A caballo entre la familia política y la comunidad filosófica está Antonio García Santesmases, que amablemente accedió a prologar este libro, no sólo desde su perspectiva de Catedrático de Filosofía Política en la UNED, sino también desde su visión como militante del PSOE, compañero de fatigas, además, en la corriente de opinión Izquierda Socialista, y desde la experiencia de quien también dedicó algunos años a las tareas parlamentarias como diputado socialista en el Congreso.

Precisamente abundando en mi gratitud hacia la familia política he de hacer hincapié en mi más sincero agradecimiento a las compañeras y compañeros del Grupo Parlamentario Socialista en esta IX Legislatura, que por su intensidad y complejidad nos da tanto trabajo como motivos de debate y de reflexión colectiva. El intercambio de pareceres dentro del Grupo, las incontables conversaciones informales, el constante ir y venir entre el Congreso de los Diputados y las circunscripciones de cada cual, trayendo cada uno las impresiones de su territorio a tantas improvisadas puestas en común..., han sido semillero de muchas de las ideas que he llevado al papel. Dentro del Grupo Socialista podría mencionar a muchos por diferentes motivos, pero dada la imposibilidad de demorarnos con un largo listado opto por mencionar a tres de sus miembros, los cuales, en un momento delicado del debate político en la opinión pública, me acompañaron con su firma al pie del artículo que lleva por título "En democracia no hay herejes". Se trata de Esperença Esteve, Oscar Seco y Ana Chacón. No debo dejar en el tintero los nombres de Rosa Bella Cabrera, Angelina Costa, Guillermo Bernabeu y Pep Santamaría, compañeras y compañeros diputados con los que compartí inolvidables jornadas sobre economía sostenible en la isla canaria de Fuerteventura. Mencionar los nombres de Sixte Moral, Joan Ruiz, Antón Ferré y Meritxell Batet es para mí obligado por sus invitaciones para reflexionar en voz alta sobre federalismo en Cataluña. No en virtud del escaño, pero

sí perteneciendo al Grupo Parlamentario Socialista por su condición de asistentes que ponen todo de su parte para el mejor desempeño de nuestras tareas parlamentarias, tengo que mencionar por mi parte también a Bibiana Féliz, Ainhoa Camacho y Belén Giménez, cuya amabilidad y eficacia están a prueba de todo.

El agradecimiento a los más próximos no ha de dejarse como implícito. Por el contrario, es justo y necesario explicitarlo en esos momentos significativos en los que se condensa el sentido de lo que uno hace. Quiero por ello dar las gracias, una vez más, a Mati, mi mujer, que con inagotables dosis de buen humor, y mucho más, me acompaña en esta vida de trasiego político a la que sumo la gratificante disciplina de la escritura. Mis hijos, Carlos, con su compañera, Laura, y Pablo, con su mujer, Luiza —padres de nuestro nieto Gael, a quien dedico este libro en los alrededores de su primer cumpleaños—, son para mí unos magníficos interlocutores, lúcidamente críticos, en sabrosas conversaciones sobre *la izquierda que se busca* que también se abren paso en la convivencia familiar.

Con la esperanza de que estas páginas sean humilde aportación a la construcción de la cartografía que la izquierda anda reconstruyendo para transformar una realidad que sigue siendo injusta, terriblemente injusta para la mayoría, dejo al lector con ellas recordando siempre que, así como la crítica reclama la propuesta, también la reflexión pide implicarse en la acción.

*José Antonio Pérez Tapias*

[jptapias@ugr.es]

*Mayo, 2010*

## I. CRISIS DEL CAPITAL, DRAMA DE LOS TRABAJORES

PALABRAS SOBRE LA CRISIS: NI FETICHES NI TABÚES<sup>1</sup>

La tozuda realidad ha hecho insoslayable hablar de crisis económica. La renuencia a utilizar la palabra “crisis” desde la órbita del gobierno, explicable cuando hace meses los datos económicos no eran tan apabullantes, se había convertido en un obstáculo para una comunicación exitosa de la política diseñada para hacer frente a tan crítica situación. Ésta no quedaba mejor afrontada por apelar al significado técnico del término en cuestión según la economía académica para concluir que no era pertinente su uso político. La percepción subjetiva de crisis ganaba la partida al empeño bienintencionado de no utilizar un lenguaje pesimista que acentuara los factores psicológicos reforzadores de aquello que se quería evitar. Mas lo cierto es que, pasado cierto umbral, no se lograba una comunicación eficaz con la ciudadanía para trasladarle confianza y credibilidad, por más vueltas que se diera para calificar y recalificar la desaceleración en curso —haciendo de camino un uso fetichista del término “desaceleración” para ahuyentar la crisis que anunciaba—. Así hasta que el Presidente del Gobierno se decidió a hablar de crisis y el Presidente de la Junta de Andalucía, en el Congreso de los socialistas andaluces, pasó de inmediato a decir que hemos de estar junto a quienes van a sufrir con más fuerza sus efectos, que es ciertamente lo que debemos hacer.

1. *Ideal* de Granada, 20 de julio de 2008.

Un trance como el descrito me ha traído a la memoria un libro de John L. Austin, publicado allá por los setenta del pasado siglo y entonces novedosamente titulado *Cómo hacer cosas con palabras*. En dicha obra, el filósofo británico trataba de clarificar, desde la pragmática del lenguaje, lo que hacemos cuando nos comunicamos unos con otros profiriendo algún tipo de enunciado. Al mostrar lo que conseguimos al hablar, a través de la fuerza con que operan las palabras y frases que utilizamos, ponía de relieve aquello que venimos haciendo desde siempre los hablantes sin ser conscientes de ello. Hizo recordar aquel famoso epigrama de Moratín que narra cómo se admiró un portugués al ver que todos los niños de Francia sabían hablar francés, aunque refiriendo esta vez el asombro a nosotros mismos Siempre sorprende el descubrir alguna variante de lo que señalaba Marx con su conocida fórmula “no lo saben, pero lo hacen”, lo cual conlleva en el caso que nos ocupa la satisfacción interna de comprobar que no hace falta que seamos gramáticos para hablar correctamente en nuestra lengua.

Lo que ya no es para asombrarse positivamente en este siglo XXI, cuando se ha escrito mucho de filosofía del lenguaje y se ha teorizado aún más sobre comunicación, amén del saber que siglos atrás acumuló la antigua retórica, es la manera con que a veces se hacen cosas con palabras en el ámbito político. Hay que reconocer que ha sido erróneo el titubeo sobre usar o no la palabra “crisis” ante la situación que se echaba encima. En medio de una confrontación política en torno a la definición de “crisis”, lo que se ha dejado ver ha sido un uso del lenguaje poco menos que mágico, como si las palabras por sí mismas produjeran efectos sobre la realidad que nombran por el mero hecho de desear que así sea. Pero nada ocurre de buenas a primeras: esa magia de las palabras se nutre desde concepciones ideológicas que acaban encubriendo la realidad, en vez de favorecer el acercamiento crítico a la misma. Así, los mecanismos ideológicos tanto promueven la utilización de ciertas palabras como fetiches cuanto la consideración de otras como tabúes. Situaciones de ese tipo se dan con frecuencia y el fracaso de tales mágicas pretensiones es indicio de buena salud lingüística de la comunidad de hablantes, así como de buena salud

democrática. De una forma u otra queda refutado el cinismo de Humpty Dumpty en *A través del espejo y lo que Alicia encontró al otro lado*, de Carroll, al declarar que no importa qué significan las palabras, dado que lo relevante es quién manda. Parece evidenciarse un vínculo profundo entre comunicación lingüística y democracia, que después de todo son ámbitos de soberanía del pueblo.

El constatar durante los pasados meses una resistencia a la palabra “crisis” que hacía de ésta un tabú innombrable, hasta que nos hemos visto liberados de la proscripción que había recaído sobre su uso, no es algo relativo a un fenómeno único. Por uno y otro lado del espectro político hallamos palabras que obran como los mencionados fetiches, como si su invocación produjera poco menos que efectos sobrenaturales, y palabras tratadas como tabúes, cuya pronunciación es para algunos, como si violaran alguna prohibición, poco menos que causante de una contaminación de la que hubiera que librarse ritualmente. Para la derecha española es un fetiche de uso abundante en sus discursos la palabra “nación”, refiriéndola a España de manera esencialista y ahistórica para conjurar al proferirla todo aquello que ponga en peligro esa “indisoluble unidad” que en verdad, tras el orden constitucional que la consagra, no tiene más apoyo que la voluntad de la ciudadanía. En contraste, decir “federalismo”, por ejemplo, es para el PP un tabú del cual se ha de permanecer alejado, pues cualquier cesión en ese terreno sería como mancharse con las excrecencias de la España plural. Por la punta inversa del espectro político, tenemos nacionalismos que, cual el del PNV, han hecho un fetiche de la fórmula “derecho a decidir”, atribuyendo a su enunciación efectos milagrosos aunque sea pasando por encima de los procedimientos de nuestro Estado de derecho y generando fuertes tensiones incluso en las propias filas. No hace falta insistir en que en ese caso el tabú recae sobre el mismo nombre de “España”, que mancharía la boca de todo nacionalista no españolista, que en último extremo se agarra a la expresión “Estado español” para evitar el estigma que supondría pronunciar la palabra censurada. Y si miramos hacia otras latitudes de la vida pública nos tropezamos con una Iglesia católica que, en sus instancias jerárquicas,

no aguanta ni mencionar la palabra “laicidad”, distorsionando su mismo significado para tranquilizar su clerical conciencia confesionalista. A la Iglesia no le faltan fetiches en sus declaraciones con pretensiones de intromisión ilegítima en el quehacer de las instituciones políticas, como es el caso de la vieja noción de “ley natural”, a la que se suele remitir tratando de monopolizarla.

Ante tantos fetiches y tabúes que distorsionan la comunicación veraz que nos debemos, bien puede repararse en lo que dice uno de los personajes de Manuel Rivas, en su obra *Los libros arden mal*, acerca de “lo endemoniadas que son las palabras”, tan codiciadas por lo demás para mandar a través de ellas. Por eso es necesario utilizarlas con precisión -añade-, a la vez que se logra que “las palabras vean que no les tenemos miedo”, pues cuando eso sucede acaban dominándonos. Ninguno de nosotros es Adán para nombrar las cosas inauguralmente y si, por una parte, no tenemos que dejarnos atrapar por determinados usos lingüísticos que son como ídolos que en la plaza pública producen falsos encantamientos, por otra no podemos hacer con el lenguaje lo que arbitrariamente queramos. Es herencia común para comunicarnos y eso es lo que debemos promover también en el debate político si queremos vivir en una democracia que dé pasos hacia objetivos de libertad y justicia como hitos del progreso que cabe perseguir. Por cierto, “progreso” es otra palabra que fácilmente se ve convertida en fetiche y frente a ello también hay que vacunarse para no repetir como farsa la trágica historia de tantos hechos escandalosos justificados en aras del progreso invocado.

“¡ES EL CAPITALISMO!”<sup>2</sup>

En la novela *Los demonios* de Dostoievski, el gobernador Lembke gritaba perplejo “¡Es el nihilismo!”, cuando se percató de que ésa era la raíz de la violencia que asolaba Rusia hacia la mitad del

2. *Ideal* de Granada, 19 de agosto de 2008.

siglo XIX. En nuestros días, cualquier persona que repare en lo que supone la crisis económica en que estamos inmersos —no sólo en España, por cierto— puede acabar gritando “¡Es el capitalismo!”. De eso se trata en estos momentos —y de ahí la perplejidad al toparse con lo obvio—, de una crisis del capitalismo, siendo verdad además que entre éste y el nihilismo hay una estrecha relación. El que sea motivo de chocante sorpresa el descubrir nuestro mundo como modelado por el capitalismo se debe a que muchos olvidan que es el sistema económico dentro del cual transcurren nuestras vidas. Incluso forma parte de su funcionamiento el hecho de que perdamos la capacidad para analizarlo con cierta distancia. Es más, los mecanismos ideológicos que lo encubren y legitiman logran que dé reparo denominarlo por su nombre. Hasta cuesta trabajo usar la palabra “capitalismo”. Eso, por una parte, puede entenderse como traslación al innombrable sistema de la prohibición de nombrar a Dios, como ocurre en el judaísmo, que no es sino muestra de haber convertido en ídolo la organización de lo económico en torno al capital. Pero, por otra, la resistencia a nombrar aquello que de forma tan determinante nos condiciona responde también a un proceso de naturalización de lo que es producto humano, lo cual llega al punto de ocultar su génesis histórica. Al considerar el capitalismo como algo natural, a lo que ni se hace referencia porque parece estar ahí desde siempre, sus crisis cíclicas se contemplan pasivamente al modo de las catástrofes naturales en la estación de las tormentas o los huracanes. En ese sentido, si la experiencia de las crisis económicas es muy antigua, como reflejan los relatos míticos sobre los siete años de vacas gordas y los siete de vacas flacas, la naturalización de lo económico y de sus crisis corresponde a una mitificación que nos deja más inermes que la mentalidad mítica del pasado, pues ahora es la mitificación culpable en la que incurre una racionalidad que no debería abdicar de su tarea crítica.

Precisamente un análisis crítico de la crisis es necesario para salir de ella. El que a estos momentos y a otros análogos se les llame ‘crisis’ tiene que ver con que convocan a la crítica para despejar las alternativas que emergen desde el cuestionamiento de lo existente



planteado por la misma dinámica de los hechos. Extrañarse de que el capitalismo conlleve crisis es fruto o de la ignorancia o de la arrogancia. No hace falta adherirse al pronóstico de Marx acerca del colapso definitivo de tal modo de producción, en virtud de sus crecientes contradicciones internas, para darle la razón en su caracterización del capitalismo como un sistema que realimenta constantemente las crisis que se dan en su seno. No puede ser de otra forma cuando la lógica del mismo es la del máximo beneficio, al mínimo coste y en el menor tiempo. La acumulación de capital que se persigue termina por fuerza expulsando a muchos del mercado (de capitales, de bienes o de trabajo), encareciendo las materias primas —si no se acaba con ellas—, provocando subidas de precios por la tendencia al control monopolista de la oferta y desencadenando toda una secuencia de fenómenos sociopolíticos conocidos: inflación, desempleo, empobrecimiento de clases medias, tensiones sociales, deslegitimación funcional del Estado, etc. Las crisis se remontan cuando los problemas sociopolíticos se encauzan y la economía se repone, aunque sea entrando en la nueva fase de un capitalismo reestructurado —hasta la próxima crisis que venga después—. Cuando no se logra, los desastres se suceden unos tras otros, desde un paro insoportable hasta la fascistización de la política, desde la destrucción medioambiental hasta el expolio de cualquier tipo de recursos —de todo ello se ha visto y así se puede reconocer sin tener que cargar con la revisable prognosis de la depauperación del proletariado—.

A una mirada crítica atenta a la marcha de los acontecimientos no deben escapar las tensiones y desequilibrios que a través de ellos se van incubando, de forma que, a ser posible, las medidas contra la crisis puedan tomarse antes de la explosión de la misma. Y si la grave situación económica en que estamos tiene causas exógenas en un mundo globalizado, como la crisis financiera internacional a partir de la caída del sistema hipotecario estadounidense y la subida del precio del petróleo, tiene otras causas endógenas cuyos perversos efectos eran previsibles. Podía vislumbrarse que la especulación inmobiliaria y el urbanismo desaforado que se han dado en España en la última década dejarían muy negativas

consecuencias cuando pinchara tan traicionera burbuja. Cabe decir, con toda humildad, que la crisis se veía venir, como algún clásico de la tradición socialista anticipó respecto de la que llegó en 1929, aun cuando figuras de tanto relieve como la del sociólogo y economista Werner Sombart habían proclamado la completa indiferencia de la ciencia económica respecto al problema de la crisis, de tan improbable como la veían.

Estando las cosas como ahora están en España, resulta atinado el consejo dado en su día por un viejo luchador por la emancipación de los trabajadores de no buscar como salida de la crisis el “traer de vuelta el pasado”. En ese sentido ha hecho bien el ministro de Economía al insistir en la imperiosa necesidad de reconducir una desorbitada actividad inmobiliaria que ha desquiciado el mercado de la vivienda en nuestro país. Sobre el conjunto de medidas puestas en marcha por el Gobierno de España para afrontar la situación crítica en que nos hallamos, conviene subrayar la necesidad de que todas ellas guarden entre sí la necesaria coherencia para no estorbarse unas a otras y aún menos entrar en contradicción. Si las prioridades son evitar el desempleo y apoyar a los parados, mantener las políticas sociales, controlar la inflación y lograr un cambio del modelo productivo, ha de actuarse en consonancia con ellas. Habrá que tener en cuenta que unas pretenden una incidencia inmediata y otras sólo pueden fructificar en un plazo más largo. El necesario cambio del modelo productivo, para dejar atrás el hasta ahora dominante que gravitaba sobre la construcción, requiere tiempo para cuajar. Es fácil compartir las razones del Gobierno cuando apunta en esa dirección. No lo es tanto al valorar la supresión en estas circunstancias del Impuesto sobre Patrimonio, que permitiría recaudar 1800 millones de euros en este año, como los sindicatos han puesto de relieve. En cualquier caso, ante la problemática económica que afrontamos es importante trasladar creíblemente a la ciudadanía qué se quiere hacer y por qué. Pueden recordarse a ese respecto palabras sabias como las del insigne economista Paul A. Samuelson cuando decía, allá por los “tiempos de histeria” de la crisis del petróleo de 1973, que “hace falta en la esfera económica tomar decisiones serenas que

no pretendan acabar con todos los problemas de la noche a la mañana”. Es la serenidad que resulta de tener en claro objetivos y medios, prioridades y etapas, de manera que, con el mismo Samuelson, podamos decir que “sería trágico que se abandonasen, o incluso que se recortasen, con el pretexto del mito de la necesidad económica, las nuevas campañas que se han desarrollado contra la pobreza y la desigualdad (tanto en el país como en el extranjero)”. La solidaridad en pro de la justicia social, que tiene que empezar siendo justicia económica, también es ‘via regia’ para salir de la crisis.

### TRABAJADORES<sup>3</sup>

Paradójicamente, cuando aumenta el desempleo “vuelven” los trabajadores. ¿Cómo que vuelven? Me explicaré. Estaban aquí, por supuesto, pero no se notaba mucho. Es verdad que todo venía funcionando gracias al trabajo diario de millones de personas, pero de los trabajadores sólo se hablaba al ocurrir la desgracia no natural de un accidente laboral o al presentarse alguna huelga que en algún lugar alterara el ritmo de los acontecimientos o, mejor, de las noticias. Y lo que está sucediendo ahora, precisamente a golpe de noticias que machaconamente nos advierten de que estamos en crisis, es que, al perderse puestos de trabajo, los trabajadores vuelven a la escena pública. Y lo hacen, aunque sea engrosando las listas del paro.

El que se hagan notar los trabajadores en la esfera pública de nuestra sociedad, y el que cobremos conciencia de ello, es algo parecido a lo que contaba Ernesto Sábato de los argentinos durante los años de esa crisis durísima que quedó para la historia como la del “corralito”. Decía el autor de *El túnel* que dicha crisis había hecho que los argentinos se reconocieran como latinoamericanos, pues les había obligado a dejar atrás, especialmente a los bonaeren-

3. *Ideal* de Granada, 10 de septiembre de 2008.

ses, ese aire elitista de quienes se pensaban más cerca de Europa que compartiendo destinos con otros sudamericanos. Salvemos las distancias, pero hay que reconocer que nos ha pasado otro tanto después de una década larga de bonanza económica, de revolución de las nuevas tecnologías, de capitalismo financiero, de expansión inmobiliaria, de crecimiento económico, de consumo desahogado en un país con demasiado de “nuevo rico”. ¿Quién hace de la condición de trabajador su carta de presentación —no diré ya de la de obrero o de empleado—? Es cierto que la flexibilidad laboral —eufemismo para referirnos a la inestabilidad laboral en virtud de más fácil despido—, la precariedad y hasta el “trabajo negro” en la economía sumergida han dado lugar a lo que el sociólogo norteamericano Richard Sennett ha llamado la “corrosión del carácter”, debilitando lo que el trabajo y los vínculos profesionales significaban en la configuración psíquica de las personas y, por ende, en la conformación de su identidad.

Si el trabajo permanece como imprescindible en la vida de las personas y necesario en la dinámica de la sociedad, en estos años pasados se ha infravalorado su significado y su importancia. Recuerdo a ese respecto el diagnóstico sociológico, que hasta el mismo filósofo Habermas hizo suyo, acerca del final de la “sociedad de trabajo”, teniendo en cuenta esa relativización de lo laboral en la vida social y la pérdida de peso del trabajo como factor de producción, dado el empuje del representado por el conocimiento científico-técnico y por las nuevas formas de obtenerlo y difundirlo a través de las tecnologías de la información y de la comunicación. Por eso pasamos a hablar de la “sociedad del conocimiento”. Mas también en ésta hay que seguir trabajando, y no sólo en los cualificados puestos de la economía de la época digital o de las tecnologías punteras, sino en otros muchos alejados de las “industrias limpias” o de los nuevos negocios abiertos al calor del mercado global. Es más, lo que se ha presentado con la reforzada alianza entre tecnología y capital son nuevos factores de desigualdad, los que provocan la “divisoria digital”. El acceso a las nuevas tecnologías en la formación profesional y en el ejercicio del trabajo mismo es elemento decisivo en la reestratificación so-

cial. Ocurre, sin embargo, que todo ello queda muy diluido por la individualización de las problemáticas que en nuestra sociedad se ha promovido desde el mismo sistema económico, en movimiento paralelo a la privatización de todo lo público también potenciada desde el sistema en que estamos inmersos. Siendo así, se ha perdido el rastro de lo que llamábamos “conciencia de clase”, lo cual, además de responder a la reubicación subjetiva de los individuos adscribiéndose a las clases medias, comporta la consecuencia de desarticular los mecanismos de socialización y los modos de resistencia que habían caracterizado a los trabajadores, incluso entendiendo tal categoría en sentido amplio como para abarcar a obreros, trabajadores del campo y del mar, empleados, funcionarios y determinados sectores profesionales. La crisis del movimiento sindical, descontados elementos internos, tiene mucho que ver con ello.

Un síntoma de la falsa salida de los trabajadores de la escena pública lo hemos encontrado durante los pasados lustros en el mismo discurso político. Podemos hacer una observación previa: si a la generalidad de los individuos pasó a costarles identificarse como trabajadores, ¿quién se iba a dirigir en tales términos a ellos desde el ámbito político? Se puede añadir que, aun explicando que no se hiciera, ha habido mucho de claudicación ideológica en la izquierda en tanto que dejó de hacerlo. Otros discursos desplazaron al que se abandonó. Uno de ellos ha sido el articulado en torno al consumo: ya que no nos vemos como productores, pensémonos en función de aquello otro que hacemos, es decir, en función del consumo. Ha sido victoria de la “sociedad de consumo”, con su consumismo compulsivo, que todos nos identifiquemos con el papel de consumidores. El otro discurso que ha reemplazado al que hacía referencia a los trabajadores ha sido el destinado a los emprendedores, como categoría social emergente en los tiempos de una nueva economía, obviando que se trataba de una economía capitalista muy competitiva. Al prescindir de ese dato constituyente se pasaba por alto que emprendedores no podían ser todos, ya no todos los trabajadores, como si pudiera dejar de haber trabajadores dependientes, sino tampoco todos los trabajadores

autónomos. Como el mismo Manuel Castells hacía notar en sus obras, aun con su entusiasmo por la “sociedad de la información”, por cada emprendedor exitoso en su recorrido desde la condición de trabajador que se hace autónomo y acaba de empresario, hay miles que se quedan en el camino. El ideal que se ha propuesto a los potenciales emprendedores ha consistido en una traslación a nuestro momento y lugar del mito del “hombre que se hace a sí mismo” de honda raigambre en la sociedad estadounidense. Nada se ha querido saber siquiera de la mezcla de “cultura del dinero” y de “cultura de adicción al trabajo” que la “cultura emprendedora ponía en marcha, como bien recordaba el mencionado Castells. Por ello, hoy parece conveniente aparcar el discurso de los emprendedores, pues la crisis deja escaso margen para transitar por esos derroteros. Hay que afrontar una realidad en la que de nuevo emergen los trabajadores. Por el camino quedó algo que puede costar mucho recuperar: la solidaridad que entre trabajadores se cultivó y que fue alma del movimiento obrero.

Ahora, en medio de una crisis que convoca a esa solidaridad para salir de ella, máxime a la vista del incremento de los índices de paro, los trabajadores van a hacerse presentes en el espacio público formulando alternativas y articulando resistencias. Corresponde a sus representantes políticos y sindicales encauzar eso mismo en el mejor clima posible de diálogo social. Olvidar las claves solidarias de todo ello puede comportar una miopía tan grave como la que no deja ver que trabajadores son también los millones de inmigrantes que en España realizan o han realizado honesta y dignamente su trabajo, o como la que puede llevar al peligroso error de buscar en la inmigración el chivo expiatorio de la crisis que todos padecemos. En el trato a los inmigrantes en tiempos de crisis se juega el sentido de esta vuelta a la escena pública de los trabajadores, así como, una vez más, la calidad ética de la democracia española.